

EVA BAILÉN

**CÓMO
SOBRE
VIVIR**

a los

DEBERES

de tu

HIJ



,



EVA BAILÉN

CÓMO SOBREVIVIR
A LOS DEBERES DE TU HIJO



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Eva María Bailén Ferrández, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9998-549-7

Depósito legal: B. 15.078-2016

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
1. CONVIVIR CON LOS DEBERES	15
Un día cualquiera	18
La utopía de la conciliación	21
La vida estresada de un niño	23
La agenda escolar	26
2. PONER EN ORDEN LA VIDA FAMILIAR	30
Normas para una buena convivencia	31
Hacer los deberes en la habitación o en la cocina ..	35
La resolución de conflictos	38
Educar sin castigos	41
3. A MI HIJO NO LE GUSTA HACER DEBERES	46
¿Le gusta a tu hijo ir a la escuela?	47

	Dificultades del aprendizaje	49
	Educación en casa	51
4.	LOS DEBERES TRADICIONALES	55
	Definición según la RAE	56
	Entender las causas del problema	57
	¿Por qué se mandan ese tipo de deberes?	62
5.	LOS LIBROS DE TEXTO COMO ORIGEN DE LA SOBRECARGA DE DEBERES	65
	Responsabilidad social de las editoriales de libros de texto	68
	Ideas sobre otro modelo de libros escolares	70
	El currículo oculto	72
6.	¿ES ESTO BILINGÜISMO?	75
	Más deberes por culpa del bilingüismo	77
	La opinión de una experta	80
	Los colegios no bilingües referentes en sus zonas ...	84
7.	LA ACTITUD DE LOS PADRES	87
	Hasta dónde llegar con la cultura del esfuerzo ...	89
	Conseguir un aprendizaje gozoso	90
	Los grupos de WhatsApp de padres	92
	Ayudar o no ayudar, esa es la cuestión	94
8.	LA POSICIÓN DE LOS DOCENTES	100
	El diálogo entre la familia y el centro	102
	Exponer nuestras razones	104
	Cuando el profesor parece inamovible	107

La autoridad del maestro	112
Con la libertad de cátedra hemos topado	115
9. NO ESTAMOS SOLOS	119
Objetar contra los deberes	120
El problema de los deberes en otros países del mundo	122
Lo que piensan algunos expertos sobre los deberes	125
Ejemplos de escuelas y docentes respetuosos con los deberes	127
10. ARGUMENTOS A FAVOR Y EN CONTRA DE LOS DEBERES	135
Los razonamientos a favor más habituales	136
Cuando son las familias las que piden deberes ...	139
Los razonamientos en contra	141
El mito de los deberes de Alfie Kohn	142
Los deberes en la legislación española	144
El artículo 31 de la Convención sobre los Derechos del Niño	149
11. ¿Y SI ME NIEGO A QUE MI HIJO HAGA DEBERES?	152
La calificación de los deberes	153
Las consecuencias	155
Cómo redactar un escrito con rigor y a quién dirigirlo	159
12. LOS PROTOCOLOS DE DEBERES	168
Los compromisos educativos entre las familias y el colegio	168
Trabajar de manera coordinada en todo el centro ...	169

13. RELATIVIZAR LA IMPORTANCIA DE LA ESCUELA	173
La educación en línea	175
Los estudiantes de hoy y las profesiones del futuro ...	177
14. ESPAÑA NO ES FINLANDIA	180
La introducción temprana de la lectura y otros contenidos	182
Los peligros de adelantar etapas	184
15. EL CAMBIO QUE REVOLUCIONARÁ LOS DEBERES	187
Qué es el Aprendizaje Basado en Proyectos	188
Los deberes de los docentes	191
El cambio educativo ya ha llegado	195
Deberes innovadores	198
16. EL TALENTO Y LA CREATIVIDAD	204
Cómo potenciar la creatividad	206
Las teorías de las inteligencias múltiples	208
17. PROPUESTAS PARA MEJORAR LA RELACIÓN ENTRE EL CENTRO Y LAS FAMILIAS	210
Las nuevas tecnologías como facilitadoras de la comunicación	211
Facilitar el acceso a los exámenes corregidos	214
Horarios de tutorías	215
AGRADECIMIENTOS	217

1

CONVIVIR CON LOS DEBERES

Ser padre o madre es una experiencia inigualable, no hay nada que se le parezca. La vida cambia rotundamente el día que nace tu primer hijo. No importa cuántas cosas te hayan contado acerca de la paternidad o la maternidad, porque las sorpresas están aseguradas.

Cuando vas a tener un hijo tus amigos y familiares te alertan: «Prepárate para cambiar pañales», «Duerme ahora que después ya no vas a pegar ojo», «Cuando empiece con los cólicos, verás», «Despídete del sexo por una temporada», «Se acabó salir los fines de semana», «Olvídate de las vacaciones»...

En fin, que los que nos quieren nos auguran un futuro demoledor. Me parece una lástima que tengamos esa visión tan negativa de la crianza de un hijo, pero seguro que los amigos lo dicen por nuestro bien, con toda su buena fe. Algunos con hijos más mayores hasta te acon-

sejan que disfrutes de él mientras sea pequeño porque cuando se haga mayor la cosa irá a peor, o te dicen que de niño te querrá mucho, pero que cuando tenga un poco de conocimiento pasará de ti, o que lo peor serán las fiestas de cumpleaños porque tendrá una vida social mejor que la tuya. Pero a mí nadie me dijo que lo peor no iba a ser nada de eso, mi peor pesadilla no iban a ser las noches sin dormir, el estar diez años sin salir a solas con mi marido o el haber estado embarazada tres veces en menos de cuatro años. Eso son minucias. Indudablemente, lo peor estaba por venir, y sin que nadie me avisara.

Nada absorbe más tiempo, limita más la vida familiar, genera más tensión, conflictos o estrés que los deberes. Esos deberes desproporcionados, desmesurados y alienígenas que se instauran en las tardes de tu vida, en tu supuesto tiempo de ocio, que se van contigo a la cama, se meten en tu maleta en las vacaciones, viajan en avión a tu lado y te persiguen hasta al cuarto de baño. A veces pienso que son como las hemorroides: la gente los sufre en silencio.

Cuando yo empecé a padecer el problema de los deberes —en silencio, sí— creía que no le debía ocurrir a nadie más porque nadie se quejaba de ellos en las reuniones de padres. Poco a poco fui descubriendo que sí que había más gente que pensaba como yo, pero el tema es tabú en muchas reuniones. Parece que el que confiese primero no solo va a dejar en evidencia a su hijo, sino que incluso puede crear un conflicto a la criatura —¿y si la profe coge manía al niño?—. Así que muchos padres se resignan a convivir con los deberes sin dar la nota, no sea que al final vaya a ser peor.

Tener hijos en edad escolar puede llegar a ser como estar casada con un ejecutivo con un cargo de gran responsabilidad. Las montañas de libros, de cuadernos, las horas dedicadas a trabajar en casa, las horas extra por un exiguo reconocimiento, el miedo a no dar la talla, a las represalias, como si no llevar las tareas hechas desde el principio hasta el final —sin que se le olvide ni una—, pudiera suponer perder el trabajo. La tensión llega a ser inaguantable.

Sabes que tus hijos tienen demasiados deberes cuando en octubre ya estás deseando que sea Navidad, en enero estás planificando las vacaciones de agosto y cuando por fin llega el verano y otras madres te dicen que están deseosas de que los niños vuelvan al colegio, tú dices que no, que quieres que el verano sea eterno.

Recuerdo que empezamos a tener conflictos con los deberes y los exámenes con mi hijo por primera vez cuando solo tenía cinco años. El pobre me miraba con su inocente par de ojos azules sin entender qué me pasaba. ¿Por qué de repente era tan importante apuntar las tareas para casa y los exámenes? Cuando mi hijo tenía que estar pensando en jugar, los adultos queríamos que estuviera pendiente de hacer los deberes y estudiar para los exámenes.

Han pasado seis años y apuntar los deberes y las fechas de los exámenes sigue pareciendo lo más importante después de la escuela. La mayoría de los padres y madres a la salida del colegio lo primero que preguntan a sus hijos es si tienen deberes o tienen algún examen. ¿No sería mucho mejor que les preguntáramos por lo que

han aprendido y ellos nos respondieran con un brillo en su mirada la multitud de cosas nuevas que han descubierto y cómo han disfrutado en el colegio? Al fin y al cabo a la escuela, ¿no se va aprender?

El modelo tradicional de clase magistral es sumamente aburrido. La sociedad —gracias a, o por culpa de las nuevas tecnologías— tolera cada vez menos el aburrimiento. Rosalind Picard del MIT Media Lab ha demostrado que la actividad cerebral de un estudiante durante una clase magistral es más baja que cuando está dormido. No me sorprende que haya niños que al llegar a casa después del cole al ir a abordar sus tareas parezca que no hayan estado en clase. El profesor puede haber explicado todo muy bien, pero ¿cuánto ha captado el alumno?

UN DÍA CUALQUIERA

De lunes a viernes, de septiembre a junio, la vida de una familia con niños en edad escolar gira en torno a la agenda de ellos. Las horas lectivas en Primaria son habitualmente solo cinco, pero los padres que trabajan los dos fuera de su hogar no tienen manera de compatibilizar esas horas con su jornada laboral —partida— de ocho horas diarias.

Un mañana cualquiera, de una familia cualquiera, con niños en edad escolar es similar a esta:

- 7:00. Suena el despertador.
- 7:30. Despertamos a los niños.
- 8:00. Salimos de casa, sin desayunar.

- 8:30. Ya hemos colocado a los niños en el colegio.
- 9:00. Llegamos a la oficina.

O a esta:

- 6:30. Suena el despertador de mamá.
- 7:00. Suena el despertador de papá.
- 7:30. Papá levanta a los niños; mamá ya se ha vuelto a marchar sin verlos despiertos.
- 8:00. Papá y los niños salen de casa, sin desayunar.
- 8:30. Objetivo cumplido; niños colocados en el colegio.
- 9:00. Papá entra a la oficina.

En cuanto llegan a su trabajo, muchos padres sienten que descansan. Han pasado dos horas desde que sonó el despertador, dos horas muy intensas en las que salir de casa—sin que se te olvidara la mochila de judo, la flauta, la merienda de media mañana, la merienda de la tarde, la mascota de la clase que le tocó ayer a tu hijo pequeño, la nota en la agenda confirmando que vas a la tutoría la semana que viene (aunque no sabes cómo te vas escapar de la oficina para hacerlo) y todos los deberes que estuviste haciendo con él hasta las diez de la noche— parecía imposible.

Después de una breve sensación de alivio al sentarte en tu silla, tomar un café y charlar un poco con algún compañero, empiezas a centrarte en tu trabajo. Reuniones, llamadas, algún altercado con un cliente, lo normal del día a día. Hasta que suena el móvil y ves en la pantalla el número de teléfono del colegio. Empiezas a elucu-

brar, ves a tu hijo con la barbilla partida y sangrando; con un brazo roto; sudando de fiebre; lleno de granos de varicela... Es increíble lo que da tiempo a imaginarse en unas décimas de segundo. Cuando por fin contestas la llamada escuchas:

—Soy la profe de Pablo.

Ya sabes a quién de tus hijos le ha pasado algo, prosigue:

—No te preocupes, que no ha pasado nada — menos mal, piensas—, es que se ha caído...

Seguro que se ha roto algo, sigues agobiándote:

—... en un charco y se ha empapado.

Resoplas. Al menos no hay que salir pitando a urgencias.

—Le vamos a poner ropa de la que se extravía en el cole. ¡¿Y para eso me llamas?!, te dices.

Una tarde cualquiera, de una familia cualquiera con niños en edad escolar es similar a esta:

— 17:00. Los padres recogen a los niños del cole.

— 17:30. Pablo tiene judo y Marta, flamenco.

— Mientras Marta baila, mamá aprovecha para hacer la compra en la frutería.

— Mientras Pablo está en judo, papá saca su portátil y sigue trabajando.

— 18:30. Se acaban las extraescolares, todos para casa.

— 19:00. Llegan a casa, abren las mochilas, sacan las agendas. Empiezan a hacer los deberes, a estudiar...

- 20:00. Mamá comienza a preparar la cena; papá sigue ayudando con las tareas de clase.
- 21:00. La cena ya está hecha, pero los deberes no; deciden cenar y seguir después con ellos.
- 22:00. No dan pie con bola, no saben si dos más dos son cuatro o cinco, se les olvidan las tablas de multiplicar, no entienden nada de ciencias naturales...
- 22:30. Los nervios se crispan, los niños están agotados, los padres también y los deberes no están acabados, ¿qué hacer? Hoy tampoco hay ducha ni cuento.

Muchos niños acaban las tardes llorando porque entre extraescolares y deberes no han podido ni jugar. Es muy triste oírles decir que no han tenido tiempo para hacerlo. No es que no hayan encontrado un momento para ducharse —que también pasa— o para leer, es que no han tenido tiempo de algo tan básico e importante para un chico como jugar. Es igual de triste que cuando los adultos no tenemos tiempo ni para comer. ¿Será eso lo siguiente? ¿Niños sin tiempo para comer? A lo mejor así acabábamos con el problema de la obesidad infantil.

LA UTOPIA DE LA CONCILIACION

Antes, para bien o para mal, no se conocía el concepto de «conciliación de la vida laboral y familiar». Ahora si puedes pedirte una reducción de jornada —hasta que

el menor de tus hijos cumpla doce años— eres afortunado. Si no te miran mal en el trabajo por hacerlo, siéntete dichoso.

Los padres tenemos que recurrir a todo tipo de ayuda para hacer eso que llaman conciliar, que más bien lo podríamos llamar «tapar agujeros», porque a la postre, todo hace aguas. Si los abuelos viven cerca se recurre a ellos, si no, buscamos una canguro o acudimos a los servicios de acogida de los primeros y los últimos del cole. Creo que nadie le ha preguntado a su hijo si le parece bien cualquiera de estas soluciones. Poco importa su opinión, puesto que lo fundamental aquí es encontrar una solución para «colocar» al niño.

Cuando mis tres hijos eran pequeños, la única solución que encontré para seguir cumpliendo con mi horario laboral —viviendo lejos de familiares y allegados— fue hacer uso de los horarios extendidos del colegio. De modo que a mis hijos, los pobres, solo les faltaba cenar en la escuela: desayunaban en el colegio a las ocho y media —antes de empezar las clases—, seguían en el colegio a la hora de comer y permanecían aún después de las clases en extraescolares, algunos días hasta las siete menos cuarto de la tarde. No hay que ser muy bueno en matemáticas para darse cuenta de que se pasaban unas diez horas en el cole. Y solo tenían cuatro, seis y ocho años. Siguieron así unos cuantos cursos más. Por fortuna he logrado reducir las horas que están en el cole solo a las lectivas. Pero eso es una suerte que no todos tienen o se pueden permitir.

LA VIDA ESTRESADA DE UN NIÑO

Antes las tardes eran para merendar, jugar y ver la tele. Nada más. Yo no hice extraescolares de ningún tipo, cierto es que tal vez como resultado de eso no soy aficionada a los deportes ni aprendí jamás a tocar un instrumento, pero soy una persona formada, capaz y feliz. No hacer extraescolares no me impidió llegar a la universidad. Y no hacer deberes en la mayor parte de Primaria aún menos. Y no aprender inglés hasta los doce años tampoco me ha impedido conseguir un nivel bastante decente del idioma.

Hoy en día las tardes son para seguir formando a «superniños», para que aprendan otras lenguas, para que practiquen deportes y para que refuercen a base de deberes extraídos de un libro de texto, todo aquello que no ha dado tiempo —después de siete u ocho horas— a hacer en la escuela.

Tenemos que llevar a nuestros hijos a clases de deporte porque los niños ya no juegan en la calle. Antes corríamos, saltábamos a la comba, montábamos en bicicleta y nos movíamos constantemente. Pero ahora, si les gusta comer bien, con ese ritmo de vida sedentario, engordarán sin duda. Además, apenas pueden ir caminando del colegio a casa —si tienen la suerte de vivir cerca—, porque el peso de la mochila es tal que no invita a pasear con ella.

Hemos perdido el norte, la sociedad no respeta la infancia, ya no hay niños jugando en los parques y los que hay son apenas unos bebés. Nuestros hijos pasan las tardes haciendo deberes, estudiando para exámenes, acu-

diendo a entrenamientos y a una variedad de extraescolares de lo más variopinto porque se les ha puesto todo difícil: las ciudades no son seguras para ellos, los vecinos cuelgan carteles de prohibido jugar al balón o se quejan si están delante de sus ventanas haciendo ruido. Ante esta perspectiva no es de extrañar que haya padres que hasta prefieran que sus hijos tengan deberes con los que «entretenerse» por las tardes. Al menos tienen algo —¿útil?— que hacer o una excusa para llevarlos a una academia y que alguien los tenga controlados.

Niños desde los seis hasta los dieciséis años viviendo un ritmo de vida frenético. Hay días que tenemos que decidir si llevarlos a natación o que se vayan a dormir antes de las diez de la noche. O si es mejor que estudien o que vayan a clase de inglés. Les organizamos su día a día y casi nunca tienen tiempo de jugar al aire libre, pegar unas patadas a un balón o ver los dibujos animados en la tele.

El derecho de los padres a completar la formación de sus hijos frente al derecho de los docentes a disponer del tiempo no lectivo como si lo fuera. ¿Quién puede más? ¿Les hemos preguntado a los niños qué quieren hacer ellos? ¿Lo hemos negociado al menos?

Cuando mis hijos eran más pequeños era muy reacia a que se saltasen una clase extraescolar, pensaba que era importante comprometerse a acabar aquello que se empezaba, y que la decisión de comenzar una extraescolar había que mantenerla todo el curso. Por lo que tampoco quería que se borrarán de esas clases. Con el paso de los años me he ido dando cuenta de que ni este tipo de acti-

vidades ni los deberes les van a convertir en unos adultos más felices.

Los días de los niños españoles en el siglo XXI son estresantes, como los días de sus padres, con la diferencia de que estos últimos son adultos. Muchos chicos madrugan desde bebés, se levantan a las seis y media o siete de la mañana para ir a la guardería, donde pasan muchas horas. Yo no fui a la guardería, y los parvulitos empezaban a los cuatro años, y no a los tres. ¿Por qué tenemos tanta prisa últimamente para todo?

Quizás hayas visto el vídeo de mi campaña por la racionalización de los deberes —se viralizó con el *hashtag* #lohacesypunto—. La intención no es otra que mostrar tal y como es la vida estresada de un niño en edad escolar. ¿En qué trabajo se echan tantas horas? Ocho en el centro, tres más de trabajo extra, sin descansar los sábados ni domingos, sin respetar los puentes o las vacaciones. Te avisan a última hora de que debes pringar el fin de semana porque tienes que hacer algo en grupo; después si no lo haces te cae una bronca o te humillan delante de tus compañeros, y así año tras año.

Si yo tuviera un trabajo como este me intentaría cambiar cuanto antes. Pero si un niño vive esta situación, ¿qué puede hacer? Algunos sintomatizan el estrés, pero otros no o los padres no lo ven o no les prestan atención. Los síntomas causados por el estrés producido por el exceso de deberes se pueden incluso confundir con signos del acoso escolar; es lo que Jesús Salido, presidente de la CEAPA (Confederación Española de Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos) llama acoso institucional.

No hay que restarle importancia a las quejas del niño, a su situación. Si elude ir al colegio, se queja de dolores inespecíficos, de cabeza, de estómago..., muestra apatía, pide que lo cambies de colegio y no es feliz, el niño se merece el respeto y la atención que le prestaríamos a un adulto que está amargado en su trabajo. El colegio es a los niños lo que el puesto de trabajo a un adulto, y del mismo modo que trabajar a disgusto puede llevarnos a vivir una situación difícil, un colegio en el que no se encaja puede llevar al niño a la infelicidad.

Lo que los chicos llegan a hacer por no ir al colegio puede ser impredecible. En Salou fue noticia un niño que a sus diez años había simulado su propio secuestro porque no había hecho los deberes. Y totalmente desoladora fue la nota de suicidio de un muchacho madrileño de once años que se quitó la vida porque no quería ir al colegio.

LA AGENDA ESCOLAR

Las fotos de la agenda de los deberes en los grupos de WhatsApp de padres están ya más cotizadas que las de los famosos. Nunca imaginé que una agenda escolar pudiera llegar a alcanzar magnitudes casi bíblicas. Descubrí esta antes que los deberes, es una de esas cosas que se encuentra uno de repente al llegar a Primaria... Bueno, eso no es del todo cierto, te la encuentras ya en la guardería, solo que en ese caso la maneja la cuidadora del bebé y los padres de este.

La agenda del cole no es como la de la guardería. No tiene nada que ver. Cuando los niños llegan a Primaria, además de abandonar las siestas y el aprender jugando y cantando, se encuentran con un montón de libros de texto dentro de una mochila que pesa más que ellos y una agenda. No saben apenas leer y escribir, pero ya tienen sus primeros deberes y sus primeros exámenes que deben llevar religiosamente apuntados. El uso que se le da a la susodicha queda después ya a criterio de cada maestro:

- Hay profesores que la revisan para ver si el niño lo anota todo, y si no lo hace le ponen un negativo.
- Hay profesores que no la revisan porque son demasiadas agendas.
- Hay profesores que piensan que es muy complicado que un niño de seis años abra la agenda por el día que le toca, por lo que no la usan con ese fin.
- Hay profesores que les piden apuntar los exámenes en la fecha del día que lo tendrán y en la fecha del día que les avisan.
- Hay profesores que les piden apuntar las notas de los exámenes y que los padres firmen esa anotación (aunque estos no hayan visto el examen corregido).

Y todo eso dentro del mismo colegio, por lo que la política del uso de la agenda no queda muy clara a los padres cuando tenemos varios hijos y cada uno de sus profesores aporta su propio criterio. Sería mucho más sencillo seguir unas pautas claras, consensuadas con las

familias y coherentes en todos los niveles educativos, y así simplificar la vida de las familias y de los niños.

Cuando tu hijo llega con la agenda repleta de deberes del estilo,

- página 85 de mates, ejercicios 3, 4, 5, 6, 7 y 8. Hacer además una suma, una resta, una multiplicación y una división de la ficha;
- página 90 de lengua, ejercicios 1, 2, 3, 4 y 5. Hacer también un análisis sintáctico de la siguiente frase de la ficha;
- English workbook, página 81, ejercicios 3, 4, 5;
- Grammar book, todos del tema 5;
- Natural Science, copiar los recuadros;

piensas: «¿Qué ha hecho hoy en el colegio?, porque parece que se lo trae todo para casa». Y también te preguntas: «¿Pero tienen que hacer todos los ejercicios del libro? ¡Pero si hay cientos!».

Evidentemente, para completar «todos» esos ejercicios faltan horas en el día. Y por si fuera poco, en muchas ocasiones hay que adornar el cuaderno con portadas de temas, colorines y grecas, además de seguir las instrucciones del profesor en cuanto al uso de los bolis azules y rojos, o las dimensiones de las cartulinas para los trabajos, que pueden ser tamaño folio o tamaño A4 —ojo, que no es lo mismo—.

No es ninguna tontería la cantidad de conflictos, malentendidos, regañinas e incluso broncas que generan las agendas. Se ha responsabilizado a los niños de llevar una

perfectamente controlada, y todos no lo hacen igual de bien. Cuando tu hijo no apunta los deberes en ella, además de la complicación que ya supone hacer las tareas, tienes la complejidad añadida de adivinarlos. Los padres hacemos malabares, ya formamos parte de la plantilla del circo, pero los poderes de adivinación todavía no los hemos desarrollado. Por eso hay tantos grupos de WhatsApp de padres, porque aún no somos adivinos.

Frente a las agendas de papel y a los problemas que por no llevar los deberes apuntados en ellas se generan, tenemos escuelas en las que ya han introducido plataformas digitales. De esta forma todo queda registrado, el alumno en su perfil encuentra las fechas de exámenes, los deberes asignados, los días de entrega de trabajos... No sé cuánto tardarán en llegar a todos los colegios, pero ojalá lo hagan pronto porque nos vamos a ahorrar mucho tiempo y muchos quebraderos de cabeza.

¿Serán más irresponsables los niños que no tengan una agenda de papel? Yo no tenía agenda, y aquí me tienes.

No conviertas la vida de tu hijo en la de un ejecutivo estresado; regálale tiempo libre y calidad de vida.